

SUITE INOLVIDABLE

AKIRA MIZUBAYASHI

SUITE INOLVIDABLE

Traducción de Julieta Sbdar Kaplan



Mizubayashi, Akira

Suite inolvidable / Akira Mizubayashi. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2025.
240 p. ; 22,5 x 14 cm.

Traducción de: Julieta Sbdar.

ISBN 978-987-628-797-5

1. Literatura. 2. Ficción General. 3. Novelas. I.
Sbdar, Julieta, trad. II. Título.
CDD 895.6

Título original: *Suite inoubliable*

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: diciembre de 2025

© Éditions Gallimard, París, 2023
© de la traducción Julieta Sbdar Kaplan, 2025
© de la presente edición Edhasa, 2025

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-797-5

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del
Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante
alquiler o préstamo público.

Impreso por Talleres Gráficos Porter S.R.L.

Impreso en Argentina

Esta edición de 2.000 ejemplares de *Suite inolvidable*, de Akira Mizubayashi,
se terminó de imprimir en Talleres Gráficos Porter S.R.L.,
Plaza 1201, CABA, el 30 de noviembre de 2025.

Para Julia-Madoka



Oskar Kokoschka, *Pau Casals I*, 1954, colección privada

*A las sombras,
para que vuelvan,
para que revivan,
para que hablen.*

*In terra pax hominibus bona voluntatis.
Dona nobis pacem.*

A la objeción de que Bach, en su taller prácticamente ahistórico, al que de todos modos llegaron todos los hallazgos técnicos de la época, no conoció nada de aquel espíritu de la época y vivió con la sola experiencia del pietismo, es decir, de una tendencia hostil a la ilustración, habría que responder que el propio pietismo, como todas las configuraciones de la Restauración, llevaba en sí mismo las fuerzas de la Ilustración a las que se oponía. El sujeto que se cree capaz de apresar la Gracia por medio de su inmersión en sí mismo, por medio de una reflexivización de su “interioridad”, se ha salido sin más del orden dogmático, se ha puesto a sí mismo como base y entra autónomamente en la elección de la heteronomía.

Theodor W. Adorno, *Prismas. La crítica de la cultura y la sociedad*★

* Adorno, Theodor, “Defensa de Bach contra sus entusiastas”, *Prismas. La crítica de la cultura y la sociedad*, 1962, Barcelona, Ediciones Ariel, p. 144.

Prólogo

(1945)

Me llamo Hortense Schmidt. Tengo treinta y seis años. Soy luthier. Mi taller queda en el barrio de la Escuela Nacional de Música de Tokio. Sin embargo, debido a la intensificación de los bombardeos en la región de la capital nipona, me he refugiado, siguiendo el consejo de Ken Mizutani, en un asentamiento de Shinano-Oiwake que pertenece a la comuna de Karuizawa donde una gran cantidad de occidentales viven “hacinados”, por así decirlo, bajo la orden de las autoridades gubernamentales. La proximidad de esta comunidad de extranjeros es positiva para mí, ya que ansío obtener información que no provenga del Cuartel General Imperial. Pero lo que me ha hecho decidir alejarme de Tokio por una duración indeterminada, aceptando la amable propuesta de Ken, fue el desastre inclasificable del 10 de marzo ocasionado por los raides aéreos estadounidenses. Sobreviví de milagro; mi taller también. ¿Acaso los estadounidenses tuvieron la sabiduría de proteger el sector de Ueno donde se concentran los museos y las escuelas? Alquilo aquí, por un monto irrisorio, simbólico, una vieja cabaña cuya pieza principal hace las veces de taller.

Alguien toca la puerta. Me pregunto, a esta hora tardía en la que el sol se pone rápidamente, quién puede ser. Una única lámpara de luz naranja, débil, ilumina mi taller. Algunos segundos más tarde, lo oigo:

—Soy yo, Ken.

Aliviada, abro la puerta.

—¡Qué sorpresa verte a esta hora! ¡No me habías dicho que venías!

Ken tiene veinticinco años. Es violonchelista. Desde que volvió de Francia, en otoño de 1939, me confía su instrumento cada vez que algo le preocupa. Su profesor Saïto y sus colegas hacen lo mismo. Sin duda, a fuerza de trabajar con seriedad, siempre a la escucha y utilizando todas las técnicas que domino, me he ganado su confianza.

—Vengo a verte por algo importante —me dice con una voz un poco temblorosa.

—Entra. Transpiras... ¿Has venido caminando con tu Goffriller?

Caminó durante una hora, aproximadamente, desde la casa de sus padres, con el instrumento a la espalda. Le pregunto si quiere compartir mi cena. Me responde avergonzado:

—No, discúlpame, qué tonto soy, no me di cuenta de que era la hora de la cena...

—No cenaste aún... Yo voy a comer, ¿no quieres acompañarme?

Baja la cabeza con un aire incómodo. Preparo una pequeña cena improvisada para nosotros dos con huevos, algunas verduras y fetas muy finas de jamón que me dio esta mañana un periodista francés. Ahora estamos sentados frente a frente alrededor de una mesa redonda, cada uno en un sillón cuya tela está agujereada en algunas zonas. Acabo de encender una lámpara de escritorio situada en mi mesa de trabajo, una tabla de pino grande y gruesa apoyada sobre dos pequeños muebles de la misma altura. Ilumina nuestros rostros. Un silencio enigmático, un poco incómodo, reina en mi taller. Ni él ni yo nos animamos a romperlo. Estoy perpleja ante la extrañeza de esta situación novedosa. Estoy sola con Ken, a esta hora de la noche, en mi taller... ¿Qué sucede? Finalmente, decidido abrir la boca.

—No hay demasiado, Ken, pero buen provecho de todos modos...

Tiene la cabeza baja. Me agradece, levanta la cabeza, me mira durante una fracción de segundo. Intrigada por el visitante nocturno, no

le quito los ojos de encima. Suspira profundamente, luego comienza a hablar con una voz todavía temblorosa, como si confesara una falta.

—*De hecho, vine a decirte adiós... Tengo que ir al regimiento. Recibí el fatídico papelito rojo de incorporación.*

Me quedo de una pieza porque, por un lado, nunca me había dicho que existía tal posibilidad y, por el otro, creía que los estudiantes como él obtenían un trato preferencial.

—*¿Cuándo te enteraste?*

—*Hace quince días.*

Me explica que, después de haber rescindido el contrato de alquiler de su habitación, envió sus pertenencias a la casa de sus padres y que está en Shinano-Oiwake hace una semana. Le pregunto cuándo va a partir.

—*Mañana.*

—*¡No es posible! Mañana..., mañana... ¡No tenemos tiempo de hacer nada!*

—*Tengo que volver a Tókio mañana. No quería irme sin volver a verte, sin decirte adiós...*

—*¿Por qué no viniste antes?*

—*Porque... porque desde que estoy en lo de mis padres, ensayo todos los días, desde la mañana hasta la noche... porque en el ejército ya no será posible tocar... el tiempo pasó volando... hasta hoy. Pero ocurrió algo...*

Ken apoya sus palillos al lado del plato casi vacío, manchado con las huellas de la yema de huevo. Se pone a hablar de los seis días que acaban de transcurrir. Evoca sus largas horas de trabajo solitario en la pequeña sala modestamente insonorizada; los momentos silenciosos, casi de duelo, con sus padres; los paseos matinales con su hermana menor Rin; el curioso ritual de bádminton y música que se instaló entre ambos, como un vínculo invisible e indisoluble que los unió como hermanos, en distintos terrenos de Shinano-Oiwake.

Finalmente, me cuenta un acontecimiento decisivo: el descubrimiento inesperado, sobre una de las tablas de un banco solitario bajo los árboles de un terreno baldío, de unas palabras grabadas en latín que dan cuenta de un deseo de paz. Un alivio imperceptible se esboza en el rostro de Ken hacia el final de su relato.

—Produce un bien inmenso saber que no estás solo, que alguien siente las cosas como tú, piensa como tú... en este país sumido en una locura pesadillesca. Quizá no lo sabes, pero la gente cree seriamente que si un bombardeo enemigo sobrevolara el Palacio Imperial, se estrellaría contra el suelo por el impacto de la intervención de una fuerza divina... ¿Cómo llegamos hasta aquí? No lo comprendo. Es aterrador, el país está completamente gangrenado por una dictadura exacerbada, fundada sobre el culto fanático del emperador. Es por eso que sentí una suerte de ánimo cuando descubrí esas palabras. Pensé: aquí hay un hermano...

Le digo que comparto el consuelo que encontró, de improviso, en las palabras grabadas sobre el banco, el sentimiento de una solidaridad del alma que se apoderó de él en el instante en que las descubrió. En ese momento, saca del bolsillo de su campera una carta doblada en cuatro.

—No pude resistirme al deseo de hablarle, de escribirle... a este desconocido. Esa tarde, dejé de ensayar. En lugar de practicar, escribí esta carta como se lanza una botella al mar... Es lo que reforzó mi deseo de venir a verte. Té la confío a ti, la persona más querida del mundo...

Ken balbucea. Se sonroja. La luz débil, naranja, atenúa su rubor, pero no me dejó engañar. Unos instantes más tarde, agrega:

—Es que no sé si volveré vivo... Hay tantos muertos, Hortense, tantos muertos alrededor de mí. Es una verdadera hecatombe.

Sus palabras me alarman. Ir a la guerra no significa, necesariamente, morir. Pero él sabe mejor que yo que la realidad desmiente la esperanza. Mis palabras son débiles:

—No, no digas eso, no quiero que hables así, vas a volver, quiero que vuelvas, tienes que volver... Nuestra vida, nuestra amistad... Tiene que continuar...

Una emoción fuerte me sacude, me opprime el pecho; me impide hablar como quisiera. Finalmente, le pregunto qué debo hacer con su carta. Ken me dice que soy yo quien debe decidir qué conviene hacer.

—Pero por lo pronto —agrega—, no hay que mostrársela a nadie, porque lo que está escrito ahí, como te imaginarás, no forma parte del signo de esta época. Los tiempos tienen que cambiar; este país tiene que morir de una vez para renacer de sus cenizas. Entonces, en ese momento, ya no tendrás nada que temer.

Solo puedo tomar sus manos entre las mías. Lo miro; me mira. La noche profunda nos envuelve. Una luz resplandeciente emana de las pequeñas ventanas de mi cabaña, de ese modesto taller de luthería perdido en el macizo del monte Asama. Pero afuera, como en mi corazón, es de noche: la noche de tinta de las tinieblas. Murmuro:

—Se está haciendo tarde.

Me veo en el espejo que cuelga en la pared sobre mi mesa de trabajo. Es una joven entumecida de pelo rubio, por los hombros, atado sobre la nuca con una cinta roja. Lleva lentes redondos.

Ken se disculpa.

—Pero no —exclamo—, no quiero hacerte reproches, al contrario.

—Discúlpame por haber venido así, sin avisar... y tan tarde. Desde hace unos días, dudaba. ¿Voy a verla o no? Pero cuando terminé la carta salí así, impulsivamente...

Ríe nervioso. Intento sacarlo de su vergüenza diciéndole lo mucho que disfruto estar con él.

—Has hecho bien en venir a verme, Ken. No imaginas lo feliz que me hace, ¿sabes? Te agradezco de todo corazón que me regales los últimos instantes de tu tiempo libre. ¿Te das cuenta? Si no hubieras venido, no te habría visto antes de tu partida. Tendría una angustia inconsolable.

No lo habría soportado. Pero al final lo habría aceptado, porque no pude creer que no vayas a volver...

Tengo las mejillas prendidas fuego. Automáticamente, le pregunto si quiere tomar un té verde antes de... las palabras siguientes tardan en llegar a mi boca. Sin esperar al final de mi frase, me responde "sí" con una voz temblorosa. Esperamos, cada uno en su lugar, a que el agua hierva. Con toda naturalidad, nuestros rostros se acercan. Ken toma mi mano tímidamente para darle un beso discreto. Hago lo mismo. En ese momento, murmura:

—Dejo entonces en tus manos mi carta y mi violonchelo. Me lo prestaron en 1939 por una duración de siete años, tengo que devolverlo a la fundación Lorenzetti el año que viene.

Le respondo para tranquilizarlo:

—Lo sé, me lo dijiste la primera vez que nos vimos en mi taller. Se grabó en mi cabeza de una vez para siempre. Un Goffriller en Tokio... ¿te das cuenta? Me marcó. No te preocupes, Ken, me ocuparé sin falta. Te agradezco la confianza que depositas en mí...

Mi voz ahogada de dolor, impresa de tristeza, logra sostenerse hasta el final de la frase. Me quito los lentes. Beso a Ken sobre la mejilla, luego sobre los labios. A cambio, me toma entre sus brazos. Permanecemos durante un largo rato en ese abrazo febril y desesperado, sin pronunciar ni una palabra. Solo escucho el tic tac del despertador sobre un rincón de mi mesa de trabajo.

Tomamos té.

—Se hace tarde, Ken —digo—. No vas a volver a tu casa. Puedes pasar la noche aquí...

Lo invito a pasar a mi habitación minúscula, separada de mi taller por una simple puerta. Me desvisto bajo la luz débil que emite un viejo velador. Me pongo un camisón blanco. Ken, mientras tanto, se gira frente a una pared blanca. Me quito los lentes, me desato el pelo, me estiro sobre el futón; finalmente, me deslizo bajo el edredón.

—Ven —le digo en voz baja.

Ken se quita la campera, la camisa; se saca el pantalón. Se da vuelta y me mira.

—Estamos un poco apretados, pero ven —repito.

Parece extremadamente tenso. Yo también lo estoy, ¿cómo podría no estarlo? Pero, sin dudas, estoy menos tensa que él. ¿Tiembla de miedo o de placer? ¿Se pregunta aún si es razonable responder a mi invitación y entregarse, así, a su deseo? Suavemente, Ken se desliza en el futón; se las arregla para no rozar mi cuerpo. Le pregunto si está contento de compartir la cama conmigo. Balbucea una palabra que no llego a oír.

—Bésame, Ken. Ahora no soy tu luthier. La que se extiende ante ti, para ti, no es la guardiana de tu Goffriller. Soy simplemente una mujer que te ama, una mujer deseosa de ofrecerte a ti, a tu amor. La noche será larga.

Ken me responde:

—La noche será larga, pero mi vida será corta. No quiero dormir esta noche. No quiero desperdiciar esta noche larga y demasiado corta. Quiero pasártela mirándote, hablándote, acariciándote, amándote...

—Entonces yo tampoco dormiré.

Estiro mi brazo desnudo hacia el velador para apagarlo.

—No, deja la luz... quiero verte, quiero grabar tu imagen en mi memoria. Quiero colmar mi cerebro con la imagen de tu presencia.

Me quito el camisón, pongo la mano sobre el slip de Ken y lo incito a quitárselo. Nuestros cuerpos desnudos se superponen, se mezclan, se entrelazan con fogosidad. Nuestras bocas se encuentran. El brazo derecho de Ken envuelve mi cintura y se desliza sobre el hueco de mi espalda. Su mano roza mi cadera. Respondo a sus caricias suaves con múltiples besos sobre su rostro y sobre su torso. Al cabo de un rato de felicidad en el que olvido el paso del tiempo, lo acojo en mí. A pesar de nuestra voluntad de resistir al sueño, finalmente nos rendimos. Al alba, sin embargo, en el momento en que la noche se pone azul, nos entregamos

una vez más a nuestros juegos amorosos como si quisieramos impedir que la noche nos abandone, como si deseáramos permanecer en el borde de la noche suave para evitar enfrentar la violencia del día. Antes de que la noche se disipe completamente, Ken me toma en sus brazos, me cubre de besos. Finalmente, me penetra en un exceso de placer compartido.

Nos dormimos nuevamente.

A las siete de la mañana, la luz incandescente entra por la pequeña ventana de mi habitación. Se proyecta sobre el futón donde están acostados nuestros dos cuerpos entrelazados, acalorados, exhaustos, deseándose todavía, más allá del cansancio, en su sueño común.

Tomamos el desayuno juntos, una tostada y un café. Hablamos poco, suspiramos mucho. De golpe, una idea olvidada regresa.

—Ken, antes de partir, ¿podrías tocar para mí la primera Suite de Bach, al menos solo el comienzo? Me habías invitado al concierto que diste con tus amigos en una librería de Hongo, pero no pude ir, enloquecida por el desastre de los bombardeos del 10 de marzo... Me perdí esa ocasión preciosa. Es realmente una pena. Por eso me encantaría escuchar aquí lo que tocaste ese día... Quisiera grabar de una vez para siempre en mi memoria la sonoridad que extraes de tu Goffriller. Me ayudaría...

—Con gusto —me responde, exultante, Ken—. ¡Qué felicidad poder tocar solo ante ti! ¡Hiciste bien en no venir al concierto! ¡Si hubieses venido, no habrías tenido esta idea!

Una alegría, una alegría verdadera ilumina el rostro de Ken. Inmediatamente, saca del estuche negro su instrumento rojo cereza oscuro que brilla de golpe en la luminosidad transparente del taller. Ken declara de manera un poco ceremonial:

—Hortense, te ofrezco modestamente este “Preludio” de la primera Suite para violonchelo solo de Johann Sebastian Bach.

Respondo sin pensarla dos veces:

—¿No es nuestra boda hoy? Bach es testigo. Es maravilloso, ¿no crees?

Ken me lanza una sonrisa cómplice.

Se pone en posición, cierra los ojos durante unos segundos. Una música profunda, interior, emerge del silencio de mi taller. Por el despliegue de sonidos graves y un ritmo lento, imperceptiblemente movedizo, cambiante, resuena como la voz grave de un monje que pronuncia un rezo largo e intenso, sin palabras, sacudido por momentos por una emoción fuerte que sube desde las profundidades de su corazón. Me sacude la suntuosidad de los vastos sonidos que emanan de las cuatro cuerdas en catgut, ampliando el pequeño espacio de mi taller como si, de golpe, se transformara mágicamente en una iglesia romana como la de Saint-Martin-de-Londres en Hérault, donde en otro tiempo, en un viaje por el Midi, descubrí maravillada su extraordinaria calidad acústica. Me sorprende la lentitud excepcional de la ejecución, mucho más lenta que todas las que escuché hasta ahora, incluida la que dio a conocer, para los violonchelistas del mundo entero, ese monumento de la música occidental: Pau Casals. Este grabó la primera Suite en junio de 1938 en París. Tengo esa grabación que escuché religiosamente de vez en cuando. Sabiendo que Casals descubrió la partitura de las Suites en 1890, a la edad de catorce años, y que las trabajó durante doce años antes de tocarlas en público por primera vez, no puedo evitar superponer la imagen del célebre violonchelista catalán a la de mi joven amante, extraordinariamente maduro. Ken, quien interpreta la primera Suite para mí, tiene veinticinco años, como Casals cuando la tocó en 1901, probablemente, en París, Barcelona o en otro lado. Ken, en el pico más alto de la emoción suscitada por su propia interpretación, está en un estado de éxtasis. El violonchelo del luthier veneciano Matteo Goffriller lo lleva a encontrarse con un afuera lejano, de altura vertiginosa, sobrevolando el territorio nipón donde, dice él, la razón y la conciencia padecen una tortura permanente infligida por un fanatismo exacerbado. Ken es un águila

que despliega sus alas para planear en toda libertad en el firmamento de los sentimientos humanos, para recorrer toda la extensión de las emociones puestas en resonancia por la profusión de las notas de Bach.

El “Preludio” se acelera y se acerca a su fin. Cuando, luego de haber presionado sobre la cuarta cuerda, el arco se aleja del instrumento, un silencio trémulo vuelve. Ken me ha hablado solamente del “Preludio” pero ahora, llevado por la dulce potencia del torrente musical, persigue su exploración de la primera Suite luego de una pausa de algunos segundos. Veinte minutos de deslumbramiento me llevan a mis años de aprendizaje en varias ciudades europeas inundadas de música de cámara. Me siento un punto minúsculo en la inmensidad de una catedral parecida a Notre-Dame de París donde, hace mucho tiempo, cuando era una luthier en ciernes, experimenté la misma sensación, un sábado por la mañana, luego de un concierto de órgano. Ken está llegando al final de la “Gigue”. Con los ojos cerrados y la cabeza gacha, soy puro oído. Desacelera, hace vibrar la cuerda de sol. Levanto la cabeza. Me ofrece una sonrisa inefable de encantamiento y ternura. Le respondo con una mirada de admiración.

—No tengo palabras para semejante belleza, Ken.

Me agradece diciéndome lo feliz que lo hace haber tocado para mí ese tesoro de la humanidad.

—Te confío mi Goffriller. Ya no estoy preocupado, Hortense. Ahora debo partir.

Lo beso sobre la mejilla, sobre los labios, un rato largo. Luego de una decena de segundos que se parecen al tiempo suspendido de una tormenta, lo suelto. Me agradece con un aire tímido por la noche de amor inolvidable. Continúa:

—Cuando me prestaron este Goffriller, me dijeron que tenía un sobrenombr.

Saca del bolsillo de su campera una libreta. Arranca una página virgen y escribe, luego me extiende el pedacito de papel. Miro las palabras trazadas sobre la página arrancada. Conmovida en lo más profundo

del corazón, lo tomo entre mis brazos y lo beso perdidamente sobre los labios. Estoy ahogada en llanto.

—Ves —susurra Ken forzándose a sonreír—, pareciera que sabían a quién se lo iban a prestar.

Ken pone su mano derecha sobre el picaporte. Cuando abre la puerta, un extraño espectáculo se ofrece a nuestra mirada. Un perro shiba con orejas triangulares bien erguidas está sentado sobre su trasero mientras que, tres o cuatro metros más lejos, dos caballos marrón oscuro miran en dirección a mi cabaña. Ken da algunos pasos hacia adelante. En ese momento, los pájaros se ponen a cantar en coro entre el follaje de los árboles que rodean mi casita. Ni el perro ni los caballos parecen querer irse.

—¡Qué recepción simpática! —exclamo sin pensarlo.

Ken me pregunta si ya los he visto alguna vez.

—Es la primera vez que los veo. ¡Probablemente fue tu música la que los atrajo!

—Quizá vinieron a darme algunos consejos... El violonchelista Goshu los obtuvo de parte de un gato, un ratón, un cuco, un tanuki, animal que se parece a un mapache...

No entiendo nada de lo que dice. Al ver mi semblante intrigado, Ken explica:

—Pienso en el maravilloso cuento de un autor que se llama Kenji Miyazawa. Se trata de Goshu el violonchelista. Es un nombre curioso, Goshu...

—¡Pero no parece japonés!

—Es cierto, no es japonés. Se escribe en katakana*. Goshu es un violonchelista torpe, mediocre. Pero progresa rápidamente gracias a los consejos de esos animalitos... Para mí, Goshu es Gauche**. Kenji Miyazawa nombró a su héroe Goshu porque tenía en la cabeza la palabra francesa gauche. Conocía el francés...

* Caracteres utilizados para la transcripción de palabras extranjeras.

** N. de T.: “gauche” significa “torpe” en francés.

—Pero tú no eres un violonchelista torpe. ¡No vinieron a darte consejos, sino a mostrarte su admiración silenciosa! ¡Este espectáculo merece una foto!

Entro un instante a mi cabaña. Salgo con mi cámara de fotos colgando del cuello. Los animales no se movieron ni un ápice. Tomo una foto de Ken con su público a su lado.

Ken se adentra con un paso pesado en el aire fresco y soleado. Estoy parada delante de la puerta de mi cabaña y permanezco allí hasta que desaparece completamente entre los árboles que dan sombra al camino estrecho que conduce al centro de Shinano-Oiwake.

Es 3 de abril de 1945. Son las 8:46.

Ken parte solo, sin su violonchelo a la espalda.

Preludio
(1934-1945)